



PALABRAS COMO ANIMALES DE ORO

Prólogo del libro *Poesía* de Juan Sánchez Peláez

Adriano González León

PALABRAS COMO ANIMALES DE ORO

Prólogo del libro *Poesía* de Juan Sánchez Peláez

Adriano González León

ediciones
MINCI

PALABRAS COMO ANIMALES DE ORO

Prólogo del libro *Poesía* de Juan Sánchez Peláez

Adriano González León



Colección Claves

Ediciones **MinCI**

Ministerio del Poder Popular para la Comunicación e Información

Final Bulevar Panteón, Torre Ministerio del Poder Popular para
la Comunicación e Información. Parroquia Altagracia, Caracas-Venezuela.

Teléfonos (0212) 802.83.14 / 83.15

Rif: **G-20003090-9**

Nicolás Maduro Moros

Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Jorge Rodríguez

Vicepresidente Sectorial de Comunicación y Cultura (E)

Estela Ríos

Viceministra de Planificación Comunicacional

Kelvin Malavé

Director General de Producción de Contenidos

Edición y corrección de textos/**Daniela Marcano**

Diseño y diagramación/ **Luis Manuel Alfonso**

Depósito Legal: **DC2018001651**

ISBN: **978-980-227-423-9**

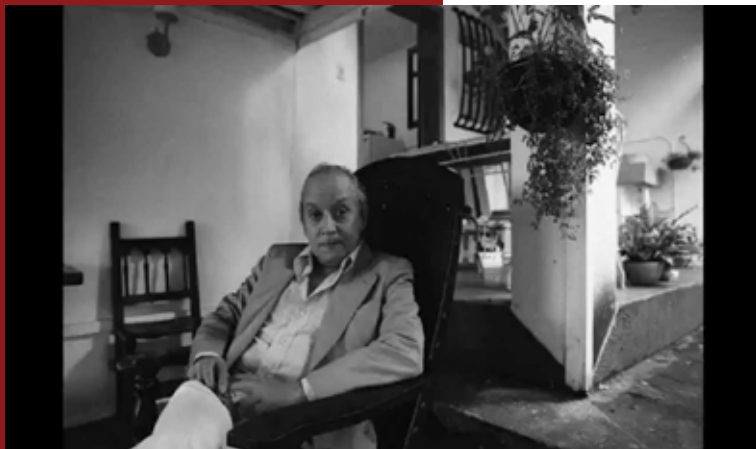
Edición digital en la República Bolivariana de Venezuela

Septiembre, 2018.

PALABRAS COMO ANIMALES DE ORO

Prólogo del libro *Poesía* de Juan Sánchez Peláez

Adriano González León



PALABRAS COMO ANIMALES DE ORO

Prólogo del libro *Poesía* de Juan Sánchez Peláez

NOTA BIOGRÁFICA

Juan Sánchez Peláez nació el 25 de septiembre, en la ciudad de Altigracia de Orituco, estado Guárico. Realizó estudios de primaria y bachillerato en Caracas; al cumplir 18 años, debido a la tensa situación política del país, viaja a Chile para cursar estudios universitarios en el Instituto Pedagógico, en ese país consiguió establecer una relación de amistad con los integrantes del grupo de la revista *Mandrágora*, allí publicó sus primeros poemas y creció su interés por el surrealismo.

Cuando vuelve de Chile comienza a desempeñarse como docente en liceos de Maturín, Maracaibo y Sucre, tiempo más tarde decide abandonar este oficio y para dedicarse a escribir. Su primer libro llamado *Elena y los elementos*, lo hizo merecedor del título doctor *honoris causa* de la Universidad de los Andes, y además lo hizo convertirse en un referente dentro de la literatura hispanoamericana. Sánchez Peláez realizó viajes

a distintos países, esto lo llevo a ejercer funciones diplomáticas en Colombia y a residir en Nueva York, París y Madrid. De regreso a Venezuela, se dedica al periodismo radial y pasa un tiempo en Valencia donde se hace fundador del Departamento de literatura de la Universidad de Carabobo. En 1976 recibe el Premio Nacional de Literatura por su obra *Rasgos comunes* y toma el cargo de Director Literario de Monte Ávila Editores. Escribió para Papel Literario de *El Universal*, *Señal de París*, *Revista Poesía* de Valencia, *Tabla Redonda*; junto con Vicente Gerbasi funda la revista *El perfil y la noche*, la cual estuvo prohibida desde su primer número. El poeta también se encargó de traducir del inglés al español los trabajos del canadiense Mark Strand. Juan Sánchez Peláez fallece el 20 de noviembre del 2003 en la ciudad de Caracas.

Entre sus publicaciones están: *Elena y los elementos* (1951), *Animal de costumbre* (1959), *Filiación oscura* (1966), *Lo huido y permanente* (1969), *Rasgos comunes* (1975), *Por cuál causa o nostalgia* (1981) y *Aire sobre el aire* (1989).

PALABRAS COMO ANIMALES DE ORO

Adriano González León

Hace doce años el crítico Gabriel Zarcos escribió, a propósito de Juan Sánchez Peláez, lo siguiente: “Si uno sigue ciertas huellas que marcan su rostro, cicatrices de vacío, encontrará que hay un envejecimiento del espíritu, envejecimiento en el mejor sentido de la palabra, un tiempo relativo a la dignidad de los vinos, propio de misteriosas destilaciones, a nivel mágico, que sirven para buscar, dentro del orden visible, el pretérito, y decir que se espera, confiado, el porvenir”. Ha pasado el tiempo, evidentemente, pero cargado de nuevos libros. Se han tenido experiencias, evidentemente, pero algunas de ellas singulares. Sacudimientos por el mundo de la palabra y por el mando de esos golpes fuertes de los que hablaba Vallejo, y de la enfermedad de vivir señalada por Ramos Sucre. Sin embargo, en Juan Sánchez Peláez hay una constante vivencial, un pertinaz acecho de los sueños, un doliente reclamo de animal herido por la luna, un ramo de vacilaciones entre el espanto y el amor, lo inseguro magnificante como las auroras boreales que no son ni el día ni la noche, lo encantatorio del vocablo disfrazado

de endriago y fuego fatuo, lo tierno, lo solícito, lo finalmente asumido como golpe de dados contra las acechanzas del mundo. Los lectores podrán averiguarlo en esta edición completa de su trabajo poético y podrán además hacer cálculos, desvaríos, marcas de trayectoria, búsqueda de nuevas pistas, gradación de su trascendencia en el mundo latinoamericano, o, simplemente, dejarse arrebatar por el flujo iridiscente que esta poesía abre hacia la aventura universal. Los esfuerzos de navegante solitario realizados por Juan Sánchez Peláez no han sido, como dice el encantador lugar común, vanos. El mismo ha definido el porvenir, desde el comienzo como un “lobo helado con su corpiño de doncella marítima”. Aliar la desolación esteparia con la candidez es una descarga provocadora que reúne los contrarios en una doble intemperie: la ferocidad y la rutina, la piel y la caperuza, el desencanto y la vida, “solamente la vida –como dijo Paul Eluard–, la forma humana en torno a tus claros ojos”.

Es ésta, por encima de cualquier otra, la validez profunda de los textos líricos que ahora se agrupan. Juan Sánchez Peláez, desde Venezuela, casi en el mismo tiempo de las exploraciones realizadas por César Moro en el Perú, Enrique Molina en Argentina, Braulio Arenas en Chile, Jorge Gaitán Durán en Colombia, Tomás Segovia en México y otros –que como siempre, para uno quedar mal, siempre se olvidan– Juan Sánchez Peláez, repito, abrió las puertas de una comunicación detonante y su primer

libro, *Elena y los elementos*, quedará como esas antorchas secretas que de pronto, en medio de las tinieblas, sacan al viajero extraviado hacia el jardín de las delicias, con los monstruos corregidos por un erotismo que funciona a estatura humana, sin que por ello deje su condición turbadora, Digo humano, y la vez turbador, porque Juan Sánchez Peláez, en la mecánica amorosa que aplica a sus decires, se pone a distancia de antecesores muy respetables –como el Arago de *Irene* y el Bataille de *Historia del ojo*–, cercados por la terrible infección de los excesos o los detalles inverosímiles, que hacen del encuentro sexual (como las aburridas recomendaciones del Kamasutra) un acto impracticable y acrobático.

Desde ese libro inicial hasta un poema suelto titulado “Tú no has oído”, la peripecia asumida por Juan Sánchez Peláez es la misma desde la separación de las aguas primordiales: recobrar la unidad perdida. Solo que con matices más refinados de aquel *Enkidu sumerio*, el cual copuló con la prostituta sagrada seis días y siete noches y los animales lo desconocieron... O con modales más altivos y factibles que el estertor de faunos y bacantes. Juan Sánchez Peláez escenifica la lucha entre *Eros* y *Thanathos* en forma de responso, de grata intimidad, más que en una épica desbocada, donde la ampuosidad del gesto anula el principio del placer. Es entonces en espacios iluminados y posibles, aunque cubiertos por la sorpresa del vocablo, donde surge ella, la esperada después

de la errancia y la ruptura, la madre tierra, la totalidad que engulle y consagra, Istar, Isis, Eva, Helena de Troya, Helena de Marlowe, Helena de Goethe, Elena sin hache, Elena de los elementos o Malena, finalmente, con una M incorporada para exorcizar a la muerte. En el *Fausto* inglés, cuando aparece la deslumbrante mujer que ocasionó una guerra de doce años, el firmante del pacto, buscando salvarse, dice: “¡Dulce Helena, hazme inmortal con un beso!”. Sin proponérselo, Sánchez Peláez reconstruye ese momento crucial y clama: “Tú que me escoltas hacia una distante eternidad... / Salva mis huestes heridas, verifica un acto de gracia en mis declives”. Petición última, en los alrededores del cadalso existencial, que sabe que no hay Dios ni demonio para apelar, y se abre hacia el humanísimo rayo de la imaginación; porque en la mejor enseñanza bretoniana solo lo maravilloso es bello, y se convocan entonces las visiones: “Paso a la desconocida anegada con la sábana azul de la lejanía... / Sus pies son cometas frenéticos, sus manos son helechos sagrados, su música, la música silenciosa de los desiertos”.

. . .

En *Elena y los elementos* se propone una visión alucinada del mundo porque es el camino posible para ejercer modificaciones sustanciales en la relación de los seres y las cosas. Hay enlaces arbitrarios, creación de instantes atroces, imágenes que revientan las posibilidades sonoras a que estamos

habitualmente sometidos. Pero es importante esta presencia abusiva de lo imaginario porque la escena poética corre el riesgo de hacerse estéril, señalada apenas por palabras de copropietarios e inquilinos, que cumplen con su deber pero niegan la verdad fundamental de toda poesía, esa verdad que se extiende desde Homero con sus puertas de marfil y de cuerno, Villón con sus ahorcados, y la devorante presencia de las mujeres de Nerval, sin alma, como él decía, pero sumergidas en las estrellas. Juan Sánchez Peláez, de todos modos, quiso ponerse a cubierto de cualquier exceso retórico. En *Animal de costumbre*, ocho años después, el lenguaje adquiere propiedades para marcar las transformaciones sin la efusión del entusiasmo primario, pero sosteniendo todavía esa fuerza mágica del hacha de pedernal, que, aun siendo severa, mantiene un temblor de bestia de la primera edad. *Animal de costumbre* encara la cotidianidad en las aristas menos frecuentes. Se menciona la casa, la familia, los lugares simples. Pero todo está cargado de estremecimiento o se hace con un registro mordaz que convierte la simpleza en sobresalto, bucea en el tema del doble y adquiere trepidaciones secas y ocultas:

Mi animal de costumbre me observa y me vigila.
Mueve su larga cola. Viene hasta mí
A una hora imprecisa.
Me devora todos los días, a cada segundo.
Cuando voy a la oficina, me pregunta:

“¿Por qué trabajas
Justamente
Aquí?”
Y yo le respondo, muy bajo, casi al oído:
Por nada, por nada.
Y como soy supersticioso, toco madera.
De repente,
Para que desaparezca.

Con *Filiación oscura* ocurre un proceso contrario. Si en el libro anterior lo doméstico abría paso a lo fantástico; aquí se opera una domesticación del delirio. Pero adviene la certeza del vocablo, ácido en su desnudez del puñal: “Hispido, pero con mil alambres; ¡qué tensión en la pólvora! / Mi altura de ceño y sello. / Mi cigarra en el crepúsculo, mi picaflor en los visillos. / Mi áspid en el tatuaje. / Mi desvelo en la casa de nadie”.

Se trata de una brusca irrupción de precisiones, de texturas desdeñosas, elocuentes en el freno y el cincel, a veces frías por el mucho cernir las palabras; por fortuna, hay un tono, una obsesión que siempre se abre paso. Vuelve la constante herida de la muerte y el amor, regresan las visiones, se hace presente el descarrío verbal, porque las palabras, según dice espectacularmente el poeta, “suenan como animales de oro”. Ella vuelve a predominar en un poema curiosamente llamado “Persistencia”, ella, la misma, la de siempre, con lámparas

y amuletos, con algo de víbora y abeja, transparente en el rito, muerte y múltiple, hasta las horas finales de un viaje que podría ser revelador. Juan Sánchez Peláez, entre vacilaciones, tristezas y abandonos, sabe afirmar su coraje humano. Al menos eso se alega entre *Lo huidizo y permanente*. Lo sentencioso, lo reflexivo, la economía de guerra atada a la expresión, la medida en las menciones, la política de austeridad impuesta al desparrame de incandescencias, no pueden ganar la partida. Sánchez Peláez se lo dice a sí mismo: “No mientas: tu valle profundo es la casa hechizada”.

Y vuelven las brujas con sus cabalgaduras de madera y metal, aparecen los duendes sardónicos, caen del cielo rostros, flores, revelaciones y cometas. La intransigencia del deseo puede modificar la tierra y hasta nuestra dependencia de los dioses y los demonios. Se reafirman los rasgos de parentesco, el pago de las deudas contraídas adquiere nuevo plazo, Rimbaud asoma su valija de pasajero feroz, Elios dice que la vejez es una exploración, Eluard cuece un pan tierno para los animales puros, André Masson y Max Ernst han traído máquinas y cerezas, Rosamel canta entre nosotros “con un ramo de silbidos en la frente”. Juan Sánchez Peláez contempla este cortejo inaudito:

Con el botín de rosas revueltas y apiñadas
Con la susodicha memoria y un

Gran amor esquivo
Y algún mirlo a cinco pasos de nuestra queja
Iremos e iremos.

La concepción de una intemporalidad, fijada por las vías del acto poético, aparece con tensa evidencia en los textos de *Por cuál causa o nostalgia*. Juan Sánchez Peláez exhibe ahora un instrumento maestro: acordes y cadencias ocupan su puesto al lado de una serena ironía. La decantación de las imágenes no se opera por sordera tonal, sino por afinamiento inteligente. Y no por ello el delirio deja de continuar con sus redobles. Vejez y muerte, abatimiento y desdicha caen vencidos ante proposiciones de un fuego que alumbra la eternidad. La poesía de Sánchez Peláez permite disgregar las fronteras entre el cielo y la tierra, abre para el hombre un camino de deslumbramiento, lo pone en posesión de una desnudez que equivale al encuentro consigo mismo: “La pena selva ha de rodearme con grandes nubes y destellos / una tarde mía en el olvido / en mi día aún por segar”.

Ello equivale a algo más que el nacimiento y la tumba. Significa una impalpable libertad.

BIBLIOGRAFÍA

Sánchez Peláez, J. (1984). *Poesía*. Caracas, Venezuela: Monte Ávila Editores.

PALABRAS COMO ANIMALES DE ORO

Prólogo del libro *Poesía* de Juan Sánchez Peláez

El poeta guariqueño Juan Sánchez Peláez se encargó de introducir la modernidad en la poética venezolana y se convirtió en un referente literario en Hispanoamérica. Su pluma surrealista se caracterizaba por la tensión entre el misticismo y el erotismo. Adriano González León reflexiona sobre la poesía de este autor, y dedica un ensayo del cual podemos destacar que: “La poesía de Sánchez Peláez permite disgregar las fronteras entre el cielo y la tierra, abre para el hombre un camino de deslumbre, lo pone en posesión de una desnudez que equivale al encuentro consigo mismo”.

Adriano González León (Trujillo, 1931-2008)

Destacado escritor, poeta, profesor, diplomático. Abogado de la Universidad Central de Venezuela González, dio clases de Literatura en esta misma casa de estudios. Fundó la revista *Sardio* (1955), publicó en *El Techo de la Ballena* y *Letra roja*. Recibió el premio del Concurso Anual de Cuentos de El Nacional, el Premio Nacional de Literatura y el doctorado *honoris causa* de la Universidad Católica Cecilio Acosta. Entre sus publicaciones están: *Asfalto-Infierno y otros relatos demoniacos* (1963), *País portátil* (1968), y *Hombre que daba sed* (1967).

